

Las dos casas de Bucarest eran las únicas sobre las cuales los tíos de Jimin no habían puesto sus cruentas manos. Mientras las autoridades rumanas sacaban incontables cadáveres de las otras propiedades de su padre ubicadas en áreas rurales del Reino, las primeras habían sido preservadas intactas por los miembros de la Orden, la cual, según aprendí, continuaba existiendo en Europa con un limitado número de miembros honorarios que eran amigos entre sí. Los muebles, que hasta hacía unos meses habían permanecido ocultos bajo sábanas blancas, habían sido desempolvados y pulidos al igual que los pisos de mosaicos de colores, las grandes lámparas que pendían del techo, los candelabros labrados y las preciosas alfombras orientales. Ambas casas, ubicadas la una frente a la otra al final de una bonita calle sombreada por árboles altísimos, habían sido erigidas por strigoi sobre vastos jardines, hallándose a prudente distancia de las propiedades vecinas. Jimin y yo habíamos realizado todo el trabajo de limpieza en ambas edificaciones durante el invierno, lo cual había resultado sumamente interesante, pues habíamos hallado un sinfín de tesoros familiares en los áticos y extensas bibliotecas. Además, le había enseñado alemán clásico a Jimin, quien hasta entonces solo dominaba el curioso dialecto de los suevos de Banat, y yo había podido mejorar mi rumano, así como muchas de mis habilidades de strigoiacă. El juicio contra el tío de Jimin había sido largo y penoso y, por desgracia, en vez de ser obligado a permanecer el resto de su vida en la cárcel, había sido sentenciado a la horca. Nosotros, por supuesto, no habíamos asistido a presenciar su ejecución, pero muchos romaníes de varias familias habían querido maldecirlo antes de morir, así que habían viajado desde lejos solo para eso. Por su parte, la Orden del Dragón declaró que deseaba encargarse de las exequias así que, a pesar de todo, recibió un funeral más digno del que merecía. En fin, por tratarse de un caso que involucraba a la familia de Jimin, habíamos tenido que permanecer en Rumania más tiempo del planeado, lo cual, por otra parte, nos había permitido conocer la tierra de su padre desde una nueva perspectiva gracias a que Jimin ya no tenía motivos para esconderse y, en especial, porque ya no debía tener acceso permanente a un lugar agreste para cazar. Puesto que antes de que sus poderes de strigoi se afianzaran había sido un chiquillo paupérrimo que dependía de la peor cocinera del mundo, quien no era otra que nuestra querida Yuh-jung, Jimin jamás había tenido la ocasión de probar una comida elaborada con el propósito de satisfacer los sentidos, me deleité replicando para él los mejores platillos de El.

—¿Estás seguro de que no recitas hechizos de amor cuando cocinas? —bromeaba, apreciando los exquisitos sabores de la culinaria de los Balcanes. Siendo tan diestro en la preparación de pócimas, no me sorprendió que él mismo implementase las recetas gastronómicas compiladas en tres tomos que hallamos en la despensa, ni que en breve fuese mucho mejor cocinero que yo.

—La cocina sigue siendo mi reino mágico —afirmó, guiñándome un ojo tras invitarme a tomar asiento en una mesa dispuesta como para dos reyes —Además, extrañaba alimentarte —Yo encantado. Ahora que él podía nutrirse normalmente, habíamos decidido pasar al menos una temporada anual en Bucarest, en la que era nuestra favorita de las dos casas que no habían sido saqueadas y derruidas por sus tíos. Esta tenía tres niveles y ventanas estrechas y alongadas, por lo que resultaba a la vez amplia y privada. La otra, de dos niveles y anchos ventanales, era algo más cálida y moderna, por lo cual la habíamos adecuado como casa de huéspedes con motivo de

nuestra boda. Habíamos enviado sobres sellados con la insignia del dragón a nuestros amigos en Europa, a los cuales alojaríamos durante una semana. Esperábamos, entre otros comensales, a El y el viudo de Vršac que ahora era su prometido, a los miembros de la Orden y algunos parientes lejanos de Jimin y, por supuesto, a Seokjin y YeJin, quienes viajarían con su hijo Daniel y la aya que me había atormentado durante la niñez, la cual ahora hacía las veces de nana del chiquillo. Por suerte para Jimin y para mí, Alexandru de Chak y los otros miembros de la Orden en Rumania se habían hecho cargo de los preparativos tanto de la ceremonia como del festejo posterior, que tendrían lugar el domingo en la casa de Alexandru, por lo cual yo a duras penas si había tenido que ocuparme de algo excepto disfrutar de la compañía de Jimin y El, quien había llegado la semana previa para ayudarme a dar unos últimos ajustes a las prendas y tocado que luciría. Aunque Jimin y yo habíamos comprado trajes apropiados para la ciudad durante los meses que habíamos pasado en Bucarest, dejaríamos las prendas finas allí cuando retornásemos a Banat, llevándonos solo lo que pudiésemos usar en el campo: la fortaleza nos esperaba, así como la vida agreste que tanto amábamos, la cual ansiábamos compartir con Yuh-jung y los parientes de El, quienes ya se habían instalado en cabañas nuevas al otro lado del bosque y aguardaban nuestro regreso. Sin embargo, eso no sería hasta dentro de algunas semanas y ahora anticipábamos la llegada de nuestros invitados al Reino de Rumania. Habíamos adquirido la costumbre de tomar ajeno en las tardes, el cual servíamos en un pequeño salón tapizado de verde donde siempre ardía una chimenea. Con el fin de endulzar y diluir lentamente el fortísimo licor, le agregué a mi copa agua helada a través de una cuchara plana y perforada asentada horizontalmente en sus bordes, sobre la que reposaba un cubo de azúcar. Cuando el ajeno, de una límpida coloración cetrina en su estado puro, se tornó blanquecino y opaco, reacción a la que los franceses se referían como louche, procedí a beber pequeños sorbos de la exquisita mezcla anisada que hizo que mi boca se adormeciese. Aunque muchos rumanos bebían el ajeno puro y sin azúcar, a mí me gustaba tomarlo al modo de los franceses, en especial porque me parecía que así se realizaban los sabores sutiles de las hierbas que lo aromatizaban. Al igual que sus predecesores strigoi, Jimin y yo debíamos mantenernos alejados de la plata y, por lo tanto, nos veíamos obligados a llevar nuestros propios cubiertos a donde fuésemos, lo cual nos hacía pasar por un par de excéntricos o al menos por una pareja algo pretenciosa ante los extraños, pues dichos cubiertos invariablemente tenían un grueso revestimiento de oro, ya fuese blanco o amarillo, y llevaban grabado el sello del dragón. No estaba tan mal, al fin y al cabo, ya que la alternativa oscilaba entre experimentar una ligera quemazón y quedar paralizados durante varias horas, sufriendo los efectos de un lento envenenamiento. Por suerte, no teníamos que dar explicaciones a los miembros de la Orden o a nuestros amigos cercanos, y frecuentábamos muy pocos cafés.

—Aunque ambos sean hechiceros —nos dijo El el día en que llegó a Bucarest, mirándonos por turnos y asiendo la bonita garrafa de cristal para verter más agua en su copa de ajeno —jamás adivinarán quién asesinó a los miembros de la congregación mientras estos se hallaban en la cárcel —Tenía razón: Jimin y yo habíamos pasado muchas noches en vela especulando al respecto de la autoría de los crímenes sin llegar a una conclusión satisfactoria.

—¡Dínoslo de inmediato! —exigí, depositando mi copa sobre la bandeja de madreperla.

—Se trata de dos personas —respondió ella, encendiendo un tabaco de la fina caja que Jimin le había obsequiado —Una de ellas vivía en Vršac y la otra habitó en Dobro durante un tiempo.

—Por favor, El, acabe ya con este suspenso —suplicó Jimin, sorbiendo su ajeno, el cual no había diluido.

—Piensen: ¿quién podría odiar tanto a la congregación como para querer matar a cada uno de sus integrantes? —inquirió El, dándole largas al asunto —¿Quién, amando el evangelio, conocía de primera mano las contradicciones en la doctrina de SungRok y sus seguidores? ¿Quién podría haber ingresado fácilmente a la prisión, fingiendo ser una visitante bienintencionada que deseaba dar un último adiós a la que un día fue su comunidad? Por último: ¿quién, fiel réplica de su difunta hermana, es lo suficientemente bella y en apariencia candorosa como para enamorar al carcelero y convencerlo de ayudarla a vengarse?

—¡SoEun! —replicamos ambos al unísono.

—No era un caso tan difícil, después de todo —concluyó El, mirándonos de soslayo y exhalando una densa bocanada de humo.

—¿Qué ocurrió con ella? —inquirí.

—Después de que el carcelero confesó su participación en los crímenes, la guardia civil la arrestó en casa de su madrina —replicó mi nana —Aún tenía las manos del reverendo guardadas en un cofre. Iba a ser juzgada hace quince días pero, según me dijo el detective, ella y su cómplice se fugaron durante la noche. Quién sabe a dónde habrán ido, lo único que puedo decirles es que tengo la sensación de que nadie en Vršac moverá un dedo por encontrarlos: es obvio que están solidarizados con la chica y, en cierta forma, aprueban lo que hizo, aunque no lo digan abiertamente.

—Vaya —dijo Jimin, suspirando —No esperaba que SoEun se pareciese tanto a su hermana mayor.

—Al menos SoEun no asesinó a los niños —dije —Hablando de ellos, ¿quién se está haciendo cargo de cuidarlos?

—Fueron enviados a un orfanato de Budapest. Al parecer, un matrimonio de la alta sociedad húngara se enteró del caso en el periódico y ofreció subvencionar todos los gastos de traslado de los chiquillos a Pest, así como su alimentación y educación posterior. La esposa dirige el asilo de huérfanos con la ayuda de dos mujeres francesas.

—Espero que no los eduquen a la manera de la congregación —dije.

—Lo dudo —dijo El —El detective me dijo que las directrices del orfanato son católicas. Y, en todo caso, los chicos estarán mejor que en Dobro.

—Yo espero que los chiquillos puedan sanar y no intenten replicar más adelante las torturas a las que fueron sometidos —dijo Jimin.

—Amén —dijo El, persignándose de aquel modo peculiar que yo conocía tan bien —Pero no nos detengamos en temas tristes o sórdidos: ¡tu primo estará aquí el jueves! No puedo esperar a que YelIn baje del coche y fije sus ojos envidiosos en esta casa —rió.

—Descuide, El—dijo Jimin —Jungkook ha estado planeando darle algunas sorpresas a su vieja antagonista, y yo voy a asegurarme de disfrutar cada una de las mismas.

—¡Y yo igual! —dijo El, entusiasmada —¡Salud!

—¡Salud! —coreamos nosotros, intercambiando miradas de complicidad y riendo. Puesto que era imperativo, Jimin y yo habíamos contratado personal provisional para que atendiese a nuestros huéspedes en la casa vecina. Así pues, el día jueves, el cochero temporal partió a la estación de tren a recoger a mi primo y su pequeña familia en el amplio y elegante coche que habíamos heredado de su padre. Este también ostentaba la insignia del dragón pero, curiosamente, jamás lo usábamos, pues preferíamos caminar a donde fuésemos. Tras llegar de la estación, el cochero depositó las valijas de Seokjin, YeJin, Daniel y la aya en la casa de huéspedes, en la cual fueron prontamente ubicados en sus respectivas habitaciones por una ayuda de cámara para que pudiesen asearse y descansar tras el largo viaje. Dos horas después, la aya permaneció con el pequeño Daniel mientras Seokjin y YeJin cruzaban la calle para cenar en nuestra casa, donde Jimin, El y yo los esperábamos espiando tras las pesadas cortinas de terciopelo del recibidor. YeJin, vestida de azul pálido y encaje, caminaba con la boca abierta hacia la puerta principal, aferrándose al brazo de Seokjin al tanto que recorría la fachada con la vista.

—¡Es imposible! —la escuché murmurar con mi oído de strigoiacă —¡Tiene que haber una buena explicación para todo esto! —Ahogué una risilla y alisé mis ropas con las manos al ponerme de pie aunque, en esta ocasión, estaban planchadas: me había puesto un pantalón de tonalidad gris perlada, preciosamente brocado con hilos color magenta igual que la camisa, con un pronunciado escote en V, el cual resaltaba tanto mi piel morena como mis rizos oscuros, que El me había ayudado a acomodar parcialmente en la parte izquierda de la cabeza. Llevaba también guantes negros de terciopelo y una gruesa gargantilla de rubíes que Jimin había mandado hacer para mí en agradecimiento por el hechizo que había realizado con su sangre preadolescente, el cual había roto la maldición generacional. Cuando El abrió la puerta y se hizo a un lado para que nuestros invitados pudiesen pasar, observé a YeJin palidecer, temblar y tropezar sucesivamente al encontrarse con Jimin y conmigo, quienes aguardábamos al fondo del corredor, uno al lado del otro. Jimin, vestido de negro irreprochable, se inclinó ante Seokjin con una amplia sonrisa, dándole la bienvenida a nuestro hogar, y procedió a besar la mano de YeJin, quien enrojeció hasta la raíz de sus cabellos, en los cuales llevaba un ancho moño azul como los de sus muñecas de porcelana. Abracé a Seokjin con todas mis fuerzas y procedí a estampar un beso en cada una de sus mejillas, riendo: estaba feliz de verlo. Mi primo había engordado un poco y su cabello había empezado a caerse en lo alto de la frente, pero por lo demás no había cambiado mucho. Tenía los mismos ojos bondadosos y la sonrisa afable que lo caracterizaban.

—¡Por Dios, Jungkookie! —exclamó, tomándome de las manos y retrocediendo para observarme —¡Estás precioso! ¡Se diría que eres el esposo de un sultán!

—Si bien es cierto que Jungkook es espléndido y, en todo caso, la única estrella de mi esfera —dijo Jimin —los sultanes fueron los más odiados enemigos de mis predecesores, profesor Kim.

—Me encantaría escuchar esa historia —replicó Seokjin, embelesado con Jimin.

—Por supuesto que se la contaré —dijo Jimin a Seokjin, al tanto que yo saludaba a su esposa.

—YeJin —dije, inclinando brevemente la cabeza hacia delante y esbozando una sonrisa, pues todo aquello era comiquísimo. Mi enemiga de la infancia lucía igual que siempre, aunque parecía haber perdido demasiado peso tras haber dado a luz.

—Por favor, sigan. La cena está lista —anunció Jimin, haciéndoles un ademán con la mano para que procediesen hacia el comedor. Jimin y yo ocupamos las cabeceras de la mesa, sobre la cual brillaban varios candelabros, y YeJin se sentó frente a Seokjin y El. Puesto que las fuentes ya estaban dispuestas, procedimos a servirnos nosotros mismos, como de costumbre. Jimin llenó las copas de todos y volvió a su asiento para brindar con nuestros invitados. YeJin había enmudecido y solo atinaba a comer pequeños bocados mientras intentaba enfocarse en la conversación, pero la rabia había contraído sus finas facciones de modo que a duras penas si podía moverse: nos miraba a Jimin y a mí por turnos, tiñéndose de bermellón al contemplarlo a él y palideciendo al punto de lucir enferma cuando me examinaba de soslayo, hasta que al fin se atragantó y derramó el vino sobre sus faldas cuando Jimin le explicó a Seokjin que el sello del dragón en los cubiertos y el coche no era más que el emblema de su familia, la Casa Real de Drăculești.

—¿Casa Real? —tosió, mirándonos con los ojos abiertos de par en par al tanto que intentaba secarse las faldas con la servilleta.

—Le enseñaré a YeJin el camino al tocador —dije, suprimiendo una risotada y levantándome para guiarla a través de un amplio corredor del cual pendían retratos a medio iluminar de todos los ancestros de Jimin.

—Vaya, hay plantas en cada habitación de la casa —dijo ella por entre los dientes cuando abrí la puerta de vidrio de color granate que daba paso a la sala de baño, observando las hermosas enredaderas que pendían de vasijas de cobre ubicadas en altos intersticios de las paredes.

—Así es. Jimin y yo amamos la naturaleza. Por cierto, ten cuidado con los gusanos. He hallado que algunos se deslizan fuera de las macetas —dije, dejándola sola y volviendo sobre mis pasos. Puesto que YeJin no sabía nada de historia gracias a su propensión hacia la más escueta femineidad, era lógico que no hubiese conjeturado nada especial al recibir una invitación a la pequeña ceremonia privada durante la cual P.J. Drăculești y yo nos casaríamos en Bucarest. En cuanto a Seokjin, siempre había preferido la ciencia a la lingüística, así que probablemente no había reparado en el vínculo entre el nombre de familia de Jimin y los príncipes de Valaquia. Perfecto. Las reacciones de uno y otro eran aún más satisfactorias de lo que había anticipado.

—¡Oh, Jungkook! —exclamó mi primo en cuanto tomé asiento de nuevo —¿Por qué no me contaste que te casarías con un descendiente de Vlad El Empalador? ¡Cuando era niño le rogaba a tío que me contase su historia una y otra vez!

—¿De veras? —inquirí sorprendido —Jamás reparé en ello, estaba embebido en las historias que El me contaba acerca de Pie de Bruja —Le dirigí una larga mirada a Jimin, diciéndole sin palabras cuánto lo amaba, y la sutil curvatura de sus labios fue más hermosa que ninguna respuesta.

—¡Pie de Bruja! —rio Seokjin —Lo había olvidado completamente. No niego que tuve muchas pesadillas con él cuando era niño, tal es el poder de la imaginación infantil cuando un adulto supersticioso como nuestra querida nana la nutre de terribles fantasías, sin embargo, Jungkook, tu prometido y yo estamos hablando de una leyenda real que es, ni más ni menos, su ancestro directo: ¡Vlad Țepeș! Señor Drăculești, le ruego que cumpla su promesa de enseñarme la biblioteca familiar.

—Por supuesto que se la enseñaré, profesor Kim —replicó él con un brillo burlesco en los ojos —Y, por favor, llámeme Jimin —En este punto, El, quien ya había tomado un par de copas de vino, reía como loca.

—¿Jimin? —inquirió Seokjin, frunciendo el ceño —¿No era ese el nombre de...? —En ese instante, el alarido de YeJin interrumpió nuestra agradable conversación y los cuatro nos levantamos con presteza para ir a socorrerla. La encontramos fuera de la sala de baño, saltando y gimiendo.

—¡Por Dios! —chilló —¡Hay una serpiente allí dentro!

—Eso es imposible, señora Kim —respondió Jimin, abriendo la puerta.

—¡Cuidado! —gritó ella, escondiéndose detrás de Seokjin —¡Deténgase!

—¿Se refiere a la enredadera que cuelga de la vasija junto al tocador? —inquirió Jimin, apuntándola con el dedo y aumentando el brillo de la lamparita que iluminaba el recinto.

—¡Vi una serpiente! —sollozó YeJin, asomándose por detrás del hombro de mi primo al tanto que Jimin tomaba la hiedra entre sus dedos.

—No es más que una planta, YeJin —dije, mirándola a los ojos con la que esperaba fuese la expresión de Medea.

—Pero... se deslizó por mi brazo —balbuceó ella, aún aterrada —¡Sentí su piel fría!

—Creo que la señora Kim bebió un poco de más —dijo Jimin con tono de sutil reproche.

—Había una... —insistió ella, pero se interrumpió cuando pudo verificar que solo había plantas allí —¡Quizá escapó!

—Basta, YeJin —la amonestó Seokjin, visiblemente avergonzado.

—¡Usted y sus nervios! —comentó El, poniendo los ojos en blanco, con fingida indignación

—Siempre fue así.

—Vamos, regresemos al comedor —sugirió Jimin —Le ofreceremos una bebida calmante a la señora Kim.

—No sabía que, además de los animales, temieras también a las plantas —susurré al pasar a su lado para tomar el brazo que Jimin me ofrecía.

—¿Los animales no son del agrado de la señora Kim? —inquirió Jimin, simulando sorpresa.

—¡Los odia! —exclamó El —¡A todos y cada uno de ellos!

—No puede ser... —comentó Jimin, llevándose la mano al pecho y luciendo casi dolido.

—¡Eso no es cierto! —se defendió YeJin —Le he dicho a Seokjin muchas veces que quiero llevar a Daniel a uno de esos parques zoológicos.

—Eso, señora Kim —dijo Jimin, girando la cabeza hacia atrás para mirarla por encima del hombro —no significa que los quiera en absoluto. Un animal prefiere morir en libertad antes que vivir

encerrado —YeJin volvió a ruborizarse intensamente y entonces El se disculpó para ir a la cocina a prepararle una tisana, pero yo sabía que era una excusa para darle rienda suelta a su hilaridad.

—¿Ya se retiró su servidumbre, señor Drăculești? —inquirió YeJin, cuando ya nos habíamos acomodado en nuestros respectivos lugares en la mesa —Aunque admito que Jungkook hizo bien en traer la suya propia, siempre me ha resultado algo incómodo cenar en compañía de El.

—¡El no sirve a nadie! —exclamé furioso, golpeando la mesa con el mango de mi cuchillo.

—Al fin muestras tus viejos modales, Jungkook—dijo ella, soltando una risita llena de sorna, quizá convencida de que su anfitrión se percataría de mi falta de refinamiento justo a tiempo para cancelar nuestra boda.

—YeJin, por el amor de Dios... —tartamudeó Seokjin, sin atreverse a defender a El.

—No tengo servidumbre —dijo Jimin, cuyos ojos expresaban tanta cólera contenida que temí maldijese para sus adentros a YeJin o la matase sin querer —Y le aconsejo que proceda con suma deferencia en lo concerniente a El, quien, además de ser una mujer maravillosa, hace parte de mi familia por virtud de haber criado a Jungkook como si fuese su propio hijo. Eso, a menos que su intención sea insultar mi casa.

—¡Insultar su casa! ¡Yo! —dijo YeJin con un hilo de voz, estupefacta al descubrir que sus palabras no habían hallado acogida en Jimin —¡Sería incapaz de faltarle al respeto, señor Drăculești! Es solo que... El no es más que...

—¿Cómo conoció a mi primo, Jimin? —la interrumpió Seokjin, cuya mortificación era casi digna de piedad. Mi primo odiaba las confrontaciones y la anterior había sobrepasado por mucho lo que era capaz de sobrellevar. Jimin miró con desprecio a YeJin durante unos segundos adicionales y luego centró su atención en Seokjin.

—Se lo contaré en la sala de fumar —respondió al fin, serenándose un poco y aflojando el nudo de su corbata de terciopelo negro —Sin embargo, creo prudente que su esposa se retire a descansar —terminó con tono cáustico —Asumo que no fuma, señora Kim, ¿me equivoco? —YeJin negó con la cabeza, incapaz de responder con palabras, su mirada clavada en el refulgente plato de oro. Estaba a punto de echarse a llorar —Muy bien —dijo Jimin —Los acompañaré a la puerta —Seokjin se puso de pie para ayudar a YeJin a incorporarse, y yo permanecí en mi lugar.

—Regresaré en seguida, Jungkook —dijo Seokjin, aún abochornado.

—Perfecto —dije, terminando mi vino.

—Buenas noches —masculló YeJin antes de dejar la estancia, sin atreverse a mirarme a los ojos.

—No tengas demasiadas pesadillas —repliqué con tono gélido. Puesto que no me gustaba excederme, YeJin tendría solo las pesadillas suficientes.